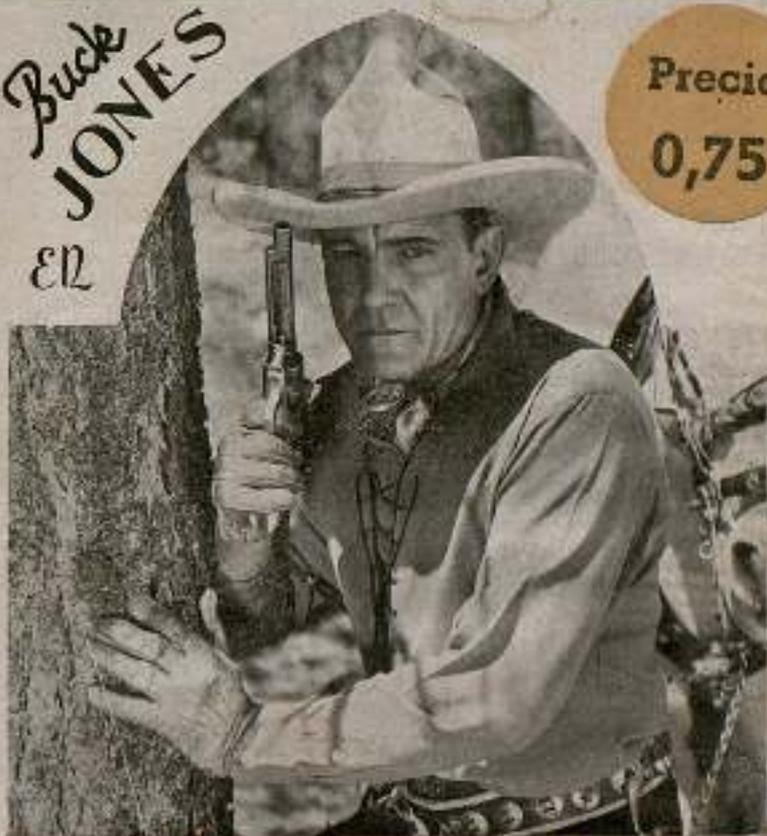


PUBLICACIONES *Cinema*

Buck
JONES

El

Precio
0,75



ojo por ojo

A blue ink illustration at the bottom of the cover. It depicts a cowboy on horseback in a Western landscape. On the left, a sun is rising over a body of water. In the background, there are mountains and a small building. The text 'ojo por ojo' is written in a stylized, blue font across the middle of the illustration.

BORDER BRIGANDS

1935

OJO POR OJO

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

RAY TAYLOR



UNA PRODUCCIÓN



DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Mallorca, 280

Teléfono 80635

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

BUCK JONES

y

una selección de los elementos
caballistas con que cuenta la
NUEVA UNIVERSAL.

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

EN PREPARACIÓN:

ALARMA EN LA CIUDAD, interpretada por
BORIS KARLOFF y JEAN ROGERS

TALLERES GRAFICOS VDA. M. BLASI · BARCELONA

OJO POR OJO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

EL JURAMENTO

Cuando el corneta del fuerte asparció por todos los ámbitos de la roca de los vientos el estridente toque de llamada, el regimiento de guardias federales canadienses vino a formar en la explanada con la disciplinada rapidez admirable que le era habitual, esforzándose por no perder la formación impecable de la fila, durante el lapso de tiempo que medió entre el breve acto de alzarse y la aparición del comandante en el portal del caserón en que tenía establecido el cuarteo de banderas, los soldados no cesaron de cambiar mutuamente miradas interrogativas y perflar miradas de honda expectación. Preciso era que aquella llamada intempestiva, al anochecer y frente a los barbeños humeantes de suculenta pizcaza, fuese motivada por algún hecho de suma gravedad. En otra ocasión habrían podido suponer que su amado jefe los convocaba para anunciarles la concesión de un permiso o la celebración de una fiesta, pero ahora no; no era posible que mientras el fiero bandido Conida prosiguiese imponiendo su terror a toda la comarca, regando con sangre de honrados colonos y trajinantes las abruptas veredas y los salvajes desfiladeros, el pundoneros comandante Barry tuviese el propósito de jalear.

Al acercarse a sus hombres formados, las facciones del noble jefe estaban visiblemente alteradas.

—¡Muchachos! —arengó con voz vibrante y segura— Acabo de recibir la comunicación de que el feroz bandido Conida ha asaltado el poblado de Albany. Un hombre muerto y otro herido, y la desaparición de docenas mil pastas, son el resultado del golpe de ese asesino que ha dicho que los guar-

estas rurales canadienses son perros cobardes a los que, para colmo de desagraviación, les falta incluso el olfato. Como sabéis, hencec jurada prender a su hermano, que era su brazo derecho y alma de los crimenes más repugnantes. Ese va a morir fusilado esta misma noche. Vedle allí.

Y, está diciendo, el comandante se inclinó, señalando con el brazo tendido una abertura enrejada que escuchaba sus palabras con suma atención y le dirigía fieras miradas de odio.

—Repito que, dentro de media hora, en cumplimiento de la Ley, vosotros mismos lo fusilaréis. Pero quedará aún recorriendo por las montañas a su albedrío el propio Conida, con toda su banda, dispuesto a vengarse con el correspondiente de sus fechorías. Os he reunido para decirles que espero, de vuestro celo y de vuestro valor, una campaña dura e incesante para reducir a ese maldito. Sin que crea necesario especificar las normas y las cosas, me hallo en el deber de decirles, precisa y lacónicamente, que la persecución de Conida ha entrado para todos nosotros en una fase extremadamente delicada, o sea en extremo peligrosa. Nada más. El sargento Joaquín que venga a mi despacho.

Los guardias rompieron filas, y mientras cambiaban las naturales frases de estupor por las enigmáticas palabras del comandante Joaquín, el bravo sargento, que mientras su jefe hablaba había permanecido encorvado y grave a la cabeza de su compañía, enderezó al despacho de aquel.

—Joaquín —le dijo el comandante, fijando su mirada fulgurante en los grandes ojos inteligentes del joven— he recibido una carta de Conida. La sujeción de ese hombre es merced. Es preciso que hoy, ahora mismo, tomemos una firme decisión respecto a él. Toma, lee.

El arrogante guardia rural desdobló un papelucho estriado de venas transparentes de aceite que le alargó el comandante y leyó entre garabatos que denotaban mano rafia y ordinaria.

«Si mi hermano es fusilado, mataré a uno de vosotros — Conida.»

Joaquín quedóse unos instantes reflexivo, estrujando el papel entre sus dedos nervudos y rocosos. Después levantó la vista para mirar al comandante con un brillo angustioso. Era su hermano, y la lectura de la breve carta del salteador le había infundido una sospecha terrible: la de que quisiese vengarse matándolo a él como jefe superior y responsable del puesto de susetas canadienses.

—¿Qué piensa hacer? — preguntó al fin con inquietud, pero sin temblar.

—Seré fielmente: cumplir con mi deber — respondió su hermano.

—¿Que es fusilar al hermano de Conida?

—Exactamente. Y eso será esta misma noche, dentro de una hora.

—Te apruebo la decisión. Sin embargo, creo que Conida cumplirá su amenaza.

—Ya también —manifestó Harry con serenidad sorprendente—. Desde este momento alguno de nosotros queda condenado a muerte.

Y, desahucando al finivamente la mano membrada en la robusta espada de su hermano, añadió:

—Pero hay todavía un recurso, un único recurso por decir mejor, una suprema esperanza para evitar que Conida lleve a la práctica su osada y terrible amenaza de vengar a su hermano ajusticiando en la persona de alguno de nosotros.

Joaquín no despegó los labios, pero pestaneó con ferocidad como acostumbraba hacer cuando aguardaba una respuesta decisiva.

—Esta esperanza eres tú — concluyó el comandante, que conocía como la suya propia la férrea voluntad de su hermano.

—¿Yo? — exclamó Joaquín, dilatando las pupilas con estupor, no acertando a comprender en su modestia...

—Sí, tú. Conida no moverá su brazo homicida si antes tú logras paralizarlo con tu audacia, con tu valor y con tu pericia de explorador responsable.

—Comprendo — murmuró Joaquín, bajando los ojos con el rubor inevitable de su simpática modestia.

—Todas mis esperanzas quedan depositadas en ti — ratificóse el comandante—. Estoy convencido de que cazarás a Conida con las mismas armas que empleabas cuando eramos chavales para atrapar a los leones. Es el único medio de salvar mi vida, quizá la tuya...

—Bien — interrumpió el fornido mocetón, visiblemente conmovido—. Trataré de ponerme a la altura de las circunstancias, y no dejaré hasta llevar a tu presencia a Conida vencido y atado.

Entonces hermanos se estrechaban las manos con emoción y Joaquín abandonó el despacho con el propósito de comenzar la batida sistemática de las frondosas arboledas canadienses al día siguiente al rayar el alba. Tenía la conciencia clara de que lucharía por salvar la vida de su querido hermano.

Al día siguiente, apenas el sol dió sus primeras pinceladas de oro a los gigantes abetos de la selva, en el torcedo de tabla del puesto de guardias canadienses la bandera nacional era arrada para ser sustituida por la enseña de duelo. El hermano de Conida había sido ajusticiado.

Joaquín contempló el cambio de banderas desde la silla de su bruto corcel. No pudo evitar un estremecimiento al considerar que aquella sencilla operación podía suponer la condena a muerte de su hermano. Con la ejecución del bandido prisionero quedaba en pie la amenaza de Conida, y nuestro valiente guardia escabioso sabía bien que el feroz saltador no echaba jamás en baldío sus artemias suplicas.

Al lado del bizarro esbaldista había otro jinete dispuesto a parar con él. Era Pepe, el cabo de la compañía, un gaucho simpático, mucho más creído que él, que le era fiel hasta morir y no lo abandonaba nunca.

—Uno menos! — exclamó, alargando el hocico rugoso como solía cuando podía toda su alma en un pensamiento.

—Sí, uno menos: quita Dios que no le siga uno más de nosotros. Pepe, ni has dicho más de una vez que en la vida sólo teptas dos grandes amores como objetivo y razón de ser...

Pepe se ruborizó con su enorme candidez de barragán que apenas había salido dos vequeros a una mujer, suponiendo que su sargento se refería a esas temerarias, y barbotó:

—Hombre, Joaquín... yo...

—Callate; no seas precipitado. ¿Cuándo dejarás de ser un colegial? Naturalmente que, para no comprometer las atenciones de tus mejillas, en vez de amorosa debiera haber dicho afectos...»

—Ah, no así — alajó Pepe, con los ojos chispeantes y una antipática brisca lera de luz en todas sus fracciones—. ¡Eso sí... yo por ti y tu hermano sería capaz de...!

—Bien, Pepe, gracias — interrumpió Joaquín dándole un espaldarazo de honda gratitud—. Pues si eso es verdad, ha llegado el momento de demostrarlo. Conida ha jurado que, si matan a su hermano, se vengará en uno de nosotros.

Pepe soltó un termo y volvió los dientes para contener su indignación.

—Es ni más ni menos, como te digo, y la única salvación consiste en cazar a Conida antes de que pueda realizar su amenaza.

—¡Le cazaremos! — bramó Pepe, espoleando a su cabalgadura.

—Eso es lo que me propongo — aprobó el bravo sargento, imitando a su fiel escudero.

Instantes después se sumergían en la densa arboleda.

Poco podían imaginarse que, a pocos pasos de donde acababan de cambiar su diálogo, uno de los hombres de Conida, escondido tras unas matorreras, había asistido con una mueca cruel al lanzamiento de la bandera de duelo en la torre del castorón.

Conida era el terror del Canadá. No tenía guardia determinada; albergábase lo mismo en un escavón de roca que en caserones de tabla abandonados por los cazadores nómadas en las profundidades de la selva. Tenía, no obstante, una preferencia por el poblado de Albany en el que aterrorizaba los robos con una existencia placentera de tramuco omnipotente.

Conida era un sujeto de aspecto imponente: alto, corpulento, fuerte y brutal. Tenía unos ojos azules vivos y centelleantes, en los que la crueldad y el rencor no dejaban nunca de chapear. Era un tipo letrado que había sabido reunir una gavilla de diez y siete jagales de la peor calaña e imponerse a ellos por medio del terror bulgancotas a ejecutar todas las atrevidas y a entregarle el producto de los mismos crímenes el aguardado repartido en alguna silla del café, bebiendo y tratándose con los chicos del servicio. Era, en fin, un producto fino de bandolero del Oeste, símbolo de la eschardía, del odio, de la brutalidad y de la insidiosa.

Cuando el agua vino a anunciarle que su hermano acababa de ser ajusticiado lanzó una suscitación ímpetuosa, y montando a caballo, dirigióse hacia el pequeño puesto de la guardia canadiense. Sus ojos chispeaban de ira y, en la forma con que hundía sus espuelas en los ijares de su fogosa cabalgadura, hacíanse sangrar, podía colegirse sin ningún género de duda que se disponía a llevar a efecto su criminal amenaza.

Seguendo la inspección de sus sentimientos cobardes, en una ruta en que debían atravesar territorios que estaban bajo la vigilancia y el dominio estrechos de la guardia rural, torció completamente solo, veredas torcidas y agrestes que el pie humano no tocaba jamás.

Joaquín y Pepe, bien lejos de imaginarse que el feroz bandido se dirigía a escapar a cumplir su terrible juramento, pasando a poca distancia de ellos, se habían apostado en la cresta de un destiladero desde el que se dominaba una vasta extensión de caso y profundidades concéntricas de selva. Nuestro sargento saltaba de impaciencia en su silla.

—El tío me ayuda con eficacia. Conida no pasará — dijo a su compañero.

Pepe torció bruscamente el torso, clavando su mirada penetrante hacia el fondo del bosque, en el que las escasas transparencias del follaje dejaban ver algo que lo atravesaba veloz, desapareciendo a intermitencias por la espesura como si fuese una lanzadera colosal que tejera una red infinita.

—Joaquín, mira: ¿he es un caballo aquella?

El caballista asióbó hacia aquella dirección. Al mismo tiempo llegaba a sus oídos, clara y sonora, la pisada robusta, seca e inconfundible, de un caballo en la plena fuerza de su galope.

—Es un caballo... y un jinete... Oye, Pepe: es Conda, ¿no te parece?

—Pues claro que es él! ¿Quién tendría que ser si no? —dijo Pepe, burlando de coraje.

—¡Adelante! —ordenó el bravo sargento, al tiempo que lanzaba su alazán al galope por la pendiente pedregosa del desfiladero.

—¿No quieres hacerle el canchuto? —preguntó Pepe, pegando su caballo a la púera del joven.

—No es posible; no hay alazán que corra la retirada allí. Es obligado seguirle los pasos a la zaga; pero lo alcanzaremos ¡vaya si lo alcanzaremos! Ahora te basta adelantar.

Después de haberse desengañado al hecho de cortar la retirada al enemigo y encerrarse entre dos fuegos. El simuló se refería a que, obrando de este jaez, se formaban dos garfos aprisionadores semejantes a los que tiene aquel crustáceo.

Conda, o quienquiera que fuese el jinete que atravesaba la selva a horas tan primeras de madrugada, al venir perseguido arreó en su carrera. Y debió montar un bruto calabudo por cuanto a pesar de que nuestros dos bravos guardias rurales corrían sobre bestias de sangre fogosa y piernas incansables, lograba mantener constantemente de por medio un espacio considerable de terreno. Lanzóse por un raso como una flecha, volvió a sumergirse en el espesor de la selva y, saliendo por el otro extremo, subió por una pradera fresca y verdeante que resonaba aún las perlas trémulas del rocío. Y de pronto torció por un ribazo, desapareciendo por un momento de los ojos de sus perseguidores. Cuando, alcanzado el ribazo por estos, el jinete volvió a aparecer ante su vista, Joaquín soltó una exclamación.

—¡Es bruto como la dirección de la frontera!

Los dominios del Canadá llegan al norte con el Estado de Alaska, y era hacia esta frontera que se dirigía el perseguido jinete que tenía todas las trazas de ser Conda.

—¡Trata de refugiarse en Alaska! —bramó Pepe, acurriando la empuñadura ensangrentada de su enorme pistola.

—Date trancas a tu bestia —añadó el sargento, recitando los dientes.

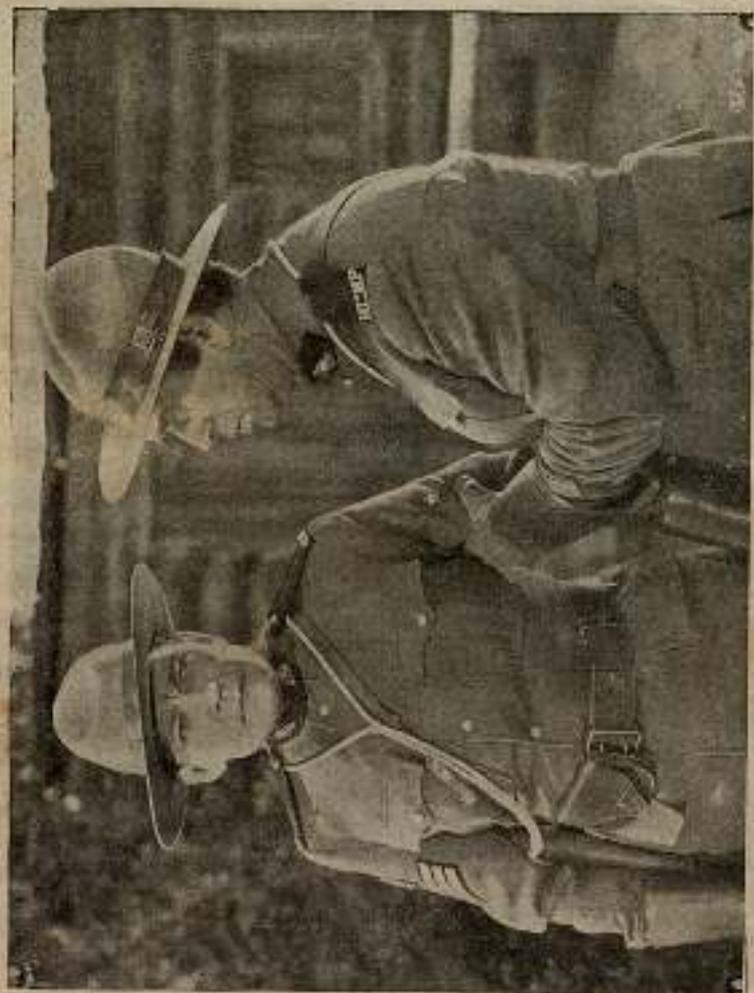
—Si le he dado hasta las mías! —exclamó Pepe, alzando el brazo, del que pendían dos tirones de camisa bambolescentes en el giro de la lona carrera.

En la nerviosidad de sus dedos, al tirar de la brida, se le había pegado la sola en un relieve del arzón, rasgándose hasta el codo del nervudo brazo.

Los caballos, espoleados constantemente por sus jinetes,



La joven sonrió con malicia al verse a dos pasos de los guardias...



Pepe se acercó al sargento y le dijo cargado por la emoción: — Ordena y te obedeceré.

encendiéndose tan bruscamente que, a los pocos momentos, lograron ponerse a la distancia del polvo que levantaban los cascos del que perseguían. El mojon que indicaba la división de los dos Estados se levantaba ya a pocas pasas del fugitivo y las patas de los brutes de nuestros guardias rurales rozaban ya las del caballo que huía, cuando éste dió un crujido trasplás y el jineta que lo montaba rodó apátaicamente por el suelo, describió varias vueltas ruidosas y, atravesando el mojon de tierra que marcaba el límite de la frontera, penetró en Alsaka.

Originalísima manera de atravesar un sitio en el que, por lo común, se exigen a una una serie infinita de engorrosos documentos y en donde un empleado, generalmente malhumorado, se toma la libertad de penetrar los más íntimos secretos de nuestra moleta. Naturalmente que no podía haber allí aduanero por la sencilla razón de que no existía ninguna Aduana en medio de la silva circundada de gigantescos mojos escarpados y desiertos casi infinitos.

Después de tan breve y extraño viaje, el desconocido jinete se levantó con aire de triunfo. Al contemplarlo a pocos pasos de distancia, Joaquín y Pepe dilataron los ojos con estupor y exclamaron un tanto repentinamente y prolongado. Hasta la propia boca del sargento, virilmente proporcionada y armónica, se puso al diapason de la de Pepe, que semejaba la de un cocodrilo.

A la antedicha exclamación, Joaquín añadió seguidamente, mientras se echaba el chambergo para atrás, signo evidente en él de despechada y feliz sorpresa.

— ¡Es una mujer!

Así era, en efecto: una moza esbelta, hermosa como una primavera, de ojos rasgados, negros como una sibline pena de amor, que se quedaron mirando a los dos hombres, y finalmente a Joaquín solo, con un brillo de malicia cautivadora.

— ¡No es Conda! — exclamó Pepe con desazón.

— ¡Claro que no, idiota! ¿No lo ves?

La joven sonrió con malicia al verse a dos pasos de los guardias y sentarse tan segura como si se hallase a cien mil. Meditaba la frontera de por medio y Joaquín y Pepe permanecían a respetuosa distancia de ella, perfectamente conscientes de su inviolabilidad.

Por un instante, al ver las hermosas líneas de aquel rostro abezado y rebosante de vida y alegría, Joaquín estuvo al borde de dejarse enternecer y rehar por tierra la sagrada autoridad de su misión de guardia rural, mas pudo reaccionar a tiempo, y, echando la cabeza para atrás, con afectada fiereza de ruda autoridad exclamó:

— En mi vida he conocido frescura mayor.

— ¿Se refiere al airecillo que sopla? — respondió la moza

clarando sus ojos rumbones y ardientes en el joven.

—No; me refiero al hecho de que usted haya atravesado la frontera sin documentos y a que, cuando que los que le están hablando en estos momentos son representantes de la autoridad, no tiene la honradez de acercarse para acá y darse por detenido.

—¿Qué quiere usted? No ha sido posible dar a visar mi documentación, pase, por lo que parece, no hay aquí agente alguno de Aduanas — dijo la muchacha con tono irónico y esparciendo una mirada a la vasta y salvaje soledad de su alrededor.

—¿Por qué habla usted?

—Pues porque me perseguían ustedes.

—Su obligación era pararse ante nuestro uniforme.

—¡Ah!, entonces no habría podido llegar a la frontera, ni mucho menos pasarla... aunque, a decir verdad, si me hubiese decidido a pararme, habría sido más por usted que por el uniforme que lleva.

Tanta sencillez y gracia, y, más que todo esto, tanta sencillez y sinceridad, y también tanta belleza y gracia reunidas, hicieron tambalear la rigidez del apuesto sargento.

—¿Su nombre? — preguntó.

—Ana.

—Conste que yo le ordeno que vuelva para acá y se dé por detenido.

La joven afectó enfurruñarse, y, plegando los labios de gran línea en un mohín irónico, respondió:

—Está muy bien, señor sargento. Conste que no me obligaré de eso en todo el resto de mi vida.

Y, volviendo graciosamente la espalda a los dos hombres, se alejó con una fessura solemne, contentos con donarle sus magníficas caderas de añora.

Joaquín permaneció unos segundos contemplándola con arrabamiento. Los sentimientos de juventud, ante la sagala soberbia, arrumbaban por natural ley de instinto toda preocupación de disciplina y de cuerpo en el pecho del joven, dejando el sitio a una expansión lírica que le estremeció hasta la entraña de su ser.

—En verdad, ¿verdad? — dijo, volviéndose hacia Pepe.

—¡Hombre! — exclamó éste entornando los ojos—. ¿Y me lo preguntas?

Joaquín estuvo todavía contemplando largo rato a la muchacha hasta verla desaparecer tras la colina que limitaba el bosque en el deslumbrante traspasar del sol que se levantaba ya por encima de la atoleada como una brasa colosal. Su ruda fantasía de mocetón que no ha conocido más expansiones que las del deber y la soledad de las montañas discurría por tierras maravillosas de una dicha indefinible, en la que aquella

moza a quien había visto por primera vez volaba con ángeles de alas blancas pegadas en el regazo. Jamás olvidaría aquel rostro hermoso, ni el brillo picarresco y ardiente de los ojos negros que lo iluminaban.

Sacudida bruscamente como si despertase de una alucinación, y pasando el robusto brazo por la espalda de Pepe, dijo entre dos suspiros de nostalgia feliz:

—El hombre es una caverna tenebrosa, y la mujer la antorcha que la ilumina.

—¿Quién le hubiese predicho que este infimo soldado de alicia habla de ser uno brutalmente pocos minutos después!

A! llegar al puesto ballase con que el ayudante de su hermano estaba aguardándolo a la entrada del despacho.

—Joaquín — le dijo con emoción —, hoy es un día que estás obligado a demostrar que eres capaz de mantenerte firme, cualquiera que sea el dolor que te sorprenda a traición.

Joaquín sintió como si una zarpa le apretase el corazón, y, pálido, clavó sus ojos en el ayudante con interrogación supliciosa.

—Conida ha consumado su amenaza — preguntó el soldado.

—¡Explicite! — gritó Joaquín, apretando convulsivamente un brazo del ayudante.

Conida ha logrado penetrar en el puesto, introducirse en el despacho de tu hermano y dispararle un tiro en el corazón.

El rostro del bravo cabellista pareció transparentarse con la profunda palidez que le cubrió. Volvióse hacia Pepe, el fiel, que en una suspensión apenada tenía sus ojos clavados en él aguardando la orden de jugarse la vida para vengar la de su comandante, y dijo con voz entrecortada por la emoción:

—¿Has oído? Mi hermano ha sido asesinado... Conida lo ha matado... Conida...

Pepe se acercó al sargento, compungido, con la turbación propia del que percibe el dolor de un ser querido, y entre arrojados de coraje de sus quijadas rudas y enormes, dijo:

—Ordene y obedeceré.

Joaquín le estrechó la espalda con gratitud. Pero, pasando con su diestra abierta la actitud vehemente de su fiel servidor, dijo con voz apenas perceptible:

—Déjame un momento solo, Pepe; tengo necesidad de poner mis pensamientos en orden. Luego te veré.

El gallán obedeció, y Joaquín cerró los ojos, permaneciendo en esta actitud de emoción reconvertida durante breves instantes. Conida había asesinado a su hermano, el único ser que acompañaba su existencia de solitario por las montañas y los bosques de su amada Patria, el único ser que, por su energía, por su inteligencia y su gran corazón, le recordaba la venerable figura de su amado padre muerto cuando él

era todavía un niño. Ya no volvería a ver jamás a su hermano, que era el único afecto entrañable de su vida: Conda, un bandido, lo había matado para vengar la muerte de su hermano, asesino también. Si un criminal se había tomado el derecho de vengar a otro criminal que era su hermano, ¿no podía el hombre honrado y defensor de la Ley, vengar a otro hombre honrado y defensor de la Ley que era su propio hermano?

Si, podía, Argüérez, y, contrayendo los puños para dominar la furia desbordante de sus nervios, murmuró con voz segura y retunda:

—¡Oje por ojo!

Dos días más tarde había obtenido del nuevo comandante del puesto permiso para obrar por cuenta propia en la captura del siniestro Conda. El bandido, después de su crímen, temiendo las represalias de la autoridad, se había refugiado, juntamente con toda su pandilla, en el vecino Estado de Alaska. Allí, pues, iría Joaquín a encontrarlo. La empresa era dura; no solo por lo alejado del lugar, sino también porque el bravo guardia rural tendría que luchar solo y en un medio hostil. Pero a Joaquín le sobraba coraje y combetividad, y tenía concentrada en sus brazos de atleta una fuerza poco común. Si moría en la difícil empresa, lo habría hecho por su hermano, y esto le alentaba, centuplicando en su pecho su valor indomable, su fe y el fuego de todos los héroes.

Por otra parte Joaquín no iría solo! Pepe lo acompañaría en la huida; si Joaquín tenía que morir, lo haría él también, y a su lado.

CAPITULO III

CARA A CARA

Conda no se acordaba ya de su hermano. Era como una bestia feroz que, una vez satisfechos todos sus deseos, se entregaba a la obsesión de su egoísmo, sin más voluntad que sus instintos.

En Alaska había tomado por punto más o menos habitual de residencia un poblado que se levantaba en una camara fértil y sumamente rica en ganadería. Allí corría el dinero a puñados, y ello prestaba a su rapacidad siempre disyunte mil ocasiones en qué cebarse y perseguir su existencia de parásito. Ese poblado se llamaba Valdez y se encontraba relativamente cercano a la frontera canadiense. En la única taberna de la población, denominada «El Búfalos», estableció el rufián

su lugar de cita y casi se podría decir su cuartel general. Estas tabernas toman allí el nombre de «Salones» y vienen a ser, todo de una pieza, bodega, café, hospedería y salón de baile y variedades. Estos últimos surren a cargo de unas cuantas chicas, y toda su labor se reduce a alumbrar con sus sonrisas de juveniles el alma sordida de los vaqueros.

Conda fué en seguida terrón, y ello hizo que su humanidad brutal, arrojada en las sillas pringosas y desvehadas del café, viniese a parecer más así como un rayoculo feroz que no vive más que para dar órdenes, hacerse la barriga hasta reventar e inmolat esclavos en aras de su capricho.

Aquel día se hallaba en esa salita omnipotente y su rostro transpiraba una alegría, no diremos más luminosa y agradable que otras veces, porque en aquel rostro, poblado por cejas hirsutas, amitas a perpetuidad y salpicado por dos ojos crudos como llamas del diablo, no cabía ninguna clase de alegría cordial, pero sí más voluptuosa y codiciosa. Es que había mandado a tres de sus mejores jefes a la realización de un golpe relativamente audaz y cuyo éxito debía proporcionarle un botín incalculable.

Hacia ya largo rato que iba disigiendo miradas ansiosas y penetrantes hacia la puerta del café, cuando, de repente, aquella se abrió para dar paso a tres sujetos burbudos, altos y corpulentos.

—¡Ahí están! — exclamó Conda pegando un salto en su asiento, un salto tan estrechoso que, repercutiendo en los nervios del dependiente del café, le hizo soltar una botella de sus manos.

Los tres jefes se acercaron, mas no como el cruel jefe-cillo esperaba, es decir haciendo sonar la bolsa de cuero repleta de dinero, sino moviéndose cubatajes y arrebolados de una especie de pavor tan inhabitual en hombres que tenían por norma el pillaje y el desamor, que el mismo Conda vióse asaltado por un presentimiento que le hizo batir de impaciencia y coraje.

—¿Qué? — inquirió con un requido que todavía guardaba un rescoido de esperanza.

—Hombre... yo te diré... — balbucó con timidez el que acudía a la sinestra guerrilla—. Al principio todo ha ido a pedir de boca: nos hemos hecho con todo el botín de llevá-bamos en la bolsa de cuero; creo que ascendería a algunos miles de dólares, pero he ahí que, de pronto, al cruzar el desfiladero de «El Torca», nos han sorprendido dos sujetos...

—¿Eh? — rugió Conda alzándose de su asiento como pido por una vibora.

—Pues... pues que nos han robado...

—¿Robado? ¿A vosotros? — gritó Conda con una expre-

ción creciente de estupor e ira que lo identificaba. — ¡Y dices que eran dos...?

—Sí, dos...

—Y, pues, ¿qué habéis hecho de vuestros revólveres? ¿Acaso se los habéis entregado para que pudieran plantarlos hasta el codo? — bramó el bandido con ronca voz cargada de ironías amenazadoras.

—No... pero ellos se han cuidado de tomarlos...

—¿Dónde?

—Que nos han desarmado.

Conida alzó su enorme belfo cruel, y, entornando los ojos con expresión de reconcentrada ira, acercó sus miembros volubres y chispeantes de saliva a los de su acólito stemotizado, y le espetó:

—Os han desarmado... Oye, angelito, ¿tú crees que yo me voy a tragar eso? ¡Bah! Fija, todo fija... ¡Desarmaros a vosotros, a tres torres cómo vosotros! ¿Acaso crees que ha descendido mi mara, y ya soy incapaz de pensar por mis propios medios? No, idiota. Bueno, acabemos de una vez: ¡venga esa pistola! Cortés, que la combinación se ha salido mal, y que yo conserva todavía mis facultades intactas... ¡Ven con el dinero que os habéis escondido!

Separaba ya Conida la silla de su espalda para preparar el campo de combate en el caso de que su secuaz intentase hacer resistencia a su amigable y amenazadora acusación, cuando la puerta del establecimiento volvió a abrirse con doble tapa chirriante para dar paso a dos mozos, a una pareja de vaqueros, arrogante el uno y sólo como una carátide de bronce, más campesino y rudo y avanzado de edad, el otro, pero no menos simpático y decidido.

Veres y apretujarse alrededor de Conida con la satisfacción pintada en su rostro los tres bandidos desarmados que cosa automática.

—¿Son ellos? — exclamaron quedo a un mismo tiempo.

—¿Quiénes? — inquirió Conida elevando su mirada penetrante en los recién llegados.

—Los que nos han robado — concretó el bandido.

Los dos forasteros se habían acercado al mostrador de espalda a los bandidos. El más joven, después de azuzar de un serbo rápido y desenfadado una copa enorme llena de un brebaje infernal, preguntó al dependiente:

—¿Se halla por ahí Conida?

—Allí está — respondió el mozo, señalando hacia la mesa al facturado.

Volvióse vivamente el vaquero, invitado por su compañero. La mirada trémula de Conida y toda la gavilla los tenían enfilados. Ninguno conocía aquellos dos rostros de rasgos nobles, viriles e impenibles. Pero necetrós sí: eran Joaquín y su inseparable Pepe.

Nuestro guardia rural empezaba su campaña. Se había convertido en un arrogante vaquero y se tenía ya preparados los nombres — tanto el suyo como el de su compañero — con que se haría distinguir; porque no era ocasión de conservar el verdadero nombre, ya que era harto conocido y hubiera equivocado a una fulminante sentencia de muerte por parte de la gavilla Conida. Él se llamaría Bevert, y Pepe, González. Su plan era de una temeridad imponente, pero para nuestro caballista las audacias más sorprendentes eran simple andadura llana, y avanzó hacia Conida con los ojos fijos en él y en los labios una sonrisa fría que ocultaba magistralmente toda la rabia que hervía en su pecho.

Sentóse frente al bandido sin pedir permiso, con el desenfado magníficamente fingido de un auténtico cuatrero y con una seriedad tal, que la sangre de Conida se alteró hasta el punto de que su mano derecha mordió a ojos vistas la culata del revólver.

—Acaban de decirme que eres Conida...

—Sin faltar un solo pelo — respondió el bandido con una mueca desconfiada.

—Si hubiese sabido que el dinero de esos barraganes te pertenece a ti, me hubiera abstenido de tomarlo... De todos modos siempre es tiempo de reponer las faltas, y estoy dispuesto a saldar cuentas contigo. Empecemos por la primera; toma.

Y, deteniendo y haciendo Joaquín echó con indiferencia una bolsa roja de cuero encima de la mesa. Los ojos de Conida brillaron de codicia, y arrebatada la escarcela de sobre el mármol la abrió con mano ávida y sacó de su interior un puñado de billetes. Era el producto del robo de los tres jayanes a los cuales nuestro muchacho sorprendió en el bosque cuando se dirigían a Valdeca.

Fue un golpe maestro logrado al azar. Reducir a los tres bandidos había sido para él para Joaquín, y ella venía providencialmente a resolverle la parte más árdua de su plan, que consistía en acercarse a Conida, conquistar su confianza y aguardar la ocasión de prenderle no sólo a él, sino a toda su gavilla. No era posible decir más a propósito para atraerse la confianza del receloso rufian que la de devolverle una bolsa repleta de dinero, cuando este dinero pedía Joaquín meterlo tranquila e impunemente en su bolsillo.

El efecto fué tan rápido, que Joaquín sintió afirmarse en él, secretamente, la absoluta convicción de que lograría prender a aquel miserable y a todos sus acólitos. Conida hizo traer aguardiente, convidó al joven y a los pocos momentos le propuso entrar a formar parte de su banda.

—Siempre he trabajado solo — fingió dudar el valiente caballista —; pero, en fin, quiero que sepas de una vez que estoy

disuaso a vencer con todas sus tradiciones con tal de poder cofearse también.

Conida destacó un arrebatado espaldarazo al joven. Su entusiasmo no tenía límites: había que ver el partido que prometía aquel garfín que, casi solo, había logrado desarrojar a tres de sus mejores hombres, rotarlos y ponerlos en verborrosa fuga. Era una prenda, un diamante inapreciable con el que pronto se vería en posesión de montañas de duros. Y lo que exaltaba singularmente su entusiasmo era su honradez. ¡Mira que devolverle una escarcela repleta de billetes...!

Sin embargo, toda esta frenesí contrastaba con el recelo y aun más con esto, con la sospecha de uno de los bandidos que se hallaba acomodado, con dos hombres más, en una mesa vecina.

—¿A dónde ha visto ya esa cara antes de ahora? — no cesaba de murmurar abismándose preocupadamente la curtida barbilla.

Nuestros dos muchachos no estaban en disposición de parar mientes en la peligrosa actitud de este hombre, la cual hizo pronto inella en los sentimientos de los que le rodeaban, como se echó de vez por las miradas recelosas que dirigían a aquélla. Por fortuna, el sujeto de referencia llamado Sampedro, no logró dar con la clave de sus sospechas. Y ello fue, de verdad, una pura suerte, ya que aquel bandido no podía reconocer a Joaquín más que como un ladrón al palacio que le ha echado la culpa en diversas ocasiones.

Pero, si escaparon momentáneamente de este peligro, no tardaron en experimentar otro sobresalto, esta vez en forma palpable para su espíritu y su conciencia.

Una vez concluido el trato con Conida, dejaronle en compañía de sus compinches alrededor de la mesa en que tuvo lugar la conversación y se acercaron al mostrador para echar un trago fuerte. Mientras aguardaban la bebida, pasaban la mirada escrutadora por la plaza del figón. Cuando sus ojos se fijaron en la escalera de tabla que conducía al piso de arriba, hubieron de agarrarse al canto del mostrador para que, en el silencio nervioso de esta acción, quedase anulada en la abertura de su estupefacta garganta el alarido de estupor que preñaba por ochar sus cuerdas adelante. Una masa fría, cimbrante, de las sedosa y morena, de brillantes cabellos en una cabeza graciosa como la corola de una azucena, bajaba con paso indolente los raleos peldaños.

—Es Ana! — murmuró Pepe en un falsete de terror.

En efecto: aquella joven de líneas finas y mirar de fuego era la misma a quien pocos días antes habían confundido con Conida persiguiéndola hasta el campín de Alaska; era aquella moza de aire desenvuelto y fascinador que, después de haber atravesado la frontera a tumbos, los había confundido

con su trapacería abierta y cordial. Era una de las bailarinas del cafetín, que conocía a Conida hasta el cogollo de su brutalidad.

—¡Jesús más así! — exclamó quedo el atribulado Pepe, trazando, al santiguarse, una cruz aparatosa alrededor de su robusto cuello para preservarlo de la zorra.

—Pero, ¿qué te pasa? — le preguntó Joaquín con aire distraído, sin dejar de mirar a la moza.

—Que esto es el fin. ¿No te lo imaginás? La chica nos reconocerá, recordará que somos de la guardia rural y nos delatará a Conida...

Joaquín ya no lo escuchaba. Sus ojos seguían puestos en la zagala, que, a su vez, había clavado los suyos en él con fija inteligencia. Cuando pasó por su lado, sin dejar de mirarlo, sonrió brevemente con dulzura y principió su danza en medio de la alegría bestial de Conida y de la ruda concurrencia del cafetín.

Aun no había dicho nada, no giró nada: Joaquín había leído esta decisión leal en aquellos ojos rasgados que le acababan de sonreír con benevolencia, con afectuosidad, con amabilidad abierta y franca y... con una chispa de secretillo amor envuelto en los pliegues de su alma propicia de veinte años.

Ni aun siendo ladrón habría logrado amedrentar a Joaquín; pero es que también en el corazón de éste se había removido algún sentimiento adormitado por la prolongada vida de las salinidades. A las palabras aterradas de Pepe había opuesto el una alegría inextinguible, una dicha profunda e inefable que tenía por motivo el haber vuelto a ver a la hermosa chica que conoció en la frontera; y ahora, después de su ótica sonrisa y su matizno inteligente, adivinaba ya más cercano el día de la victoria sobre Conida, porque estaba seguro de que podía contar con su colaboración más leal para conseguirlo.

CAPITULO IV

LA LUCHA

El pellejo de Joaquín, y también el de Pepe, pendía de un hilo. Fuese por sentimiento de envidia o bien por simple recelo, ese recelo importuna y perliños que cuidaba de mantener vivo entre todos los jayanes constituyentes de la gavilla el sempiterno Sampedro, los bandidos los habían acusado una franca y ostensible hostilidad. Máxime cuando Conida, ávido de comenzar cuanto más pronto mejor a explotar las facilidades de excepcional cuatrero de Joaquín, que él conocía por

el nombre de Revert, le contó inmediatamente un golpe de extraordinaria audacia y gran peligro. Se trataba de asaltar una diligencia que había salido de las minas de Santa Catalina de oro hasta los lópes.

—Durante el golpe y yo aguardaré el oro en «El Búfalo» — le instruyó Conida.

Joaquín ardeó de alegría en su fuero interno al oír la proposición. Al instante su imaginación vivaz concibió un contragolpe propio de su valeroso corazón. En una escapada relámpago habíase dirigido al fuerte, poniendo al nuevo comandante al corriente de la situación de sus asuntos con Conida, e insistiendo que permaneciese ojo avizor para cuando requiriese su ayuda.

También había recordado con gracia a su simpático e inseparable Pepe, varias veces que ya no se llamaba tal, sino González del gaitán se lo tomaba todo entre chunga y tragedia conforme a su genio fatalista. Estaba, pues, todo preparado para principiar la ejecución de sus proyectos.

—Solo no puedo dar ese golpe que me propones — respondió a Conida.

—Puedes llevarte a tu amigo — le cedió el bandido con ruidera.

—Necesito más gente.

—Recoge, pues, a los que te hagan falta.

Joaquín estuvo a punto de soltar un grito de alegría. No esperaba otra cosa para la consecución de su objetivo. Su primera tentación fue decir que los necesitaba a todos, pero se contuvo por no despertar sospechas en el bandido, limitándose a volverse hacia el rincón en que estaban agrupados los hombres de la savilla y señalar hasta siete de ellos, teniendo buena cuenta de escoger a los más corpulentos y de más fiera e inflexible mirada.

—Con esos siete hombres y vuestras das, tengo la seguridad de lograr todo el oro de América — dijo Conida soltando una carejada descomunal.

—Así lo espero — limitóse a responder el joven caballero disimulando una sonrisa irónica.

Joaquín y Pepe, convenientemente puestos de acuerdo de antemano, enderezáronse hacia el bosque. Subieron por una sierra pedregosa y, saltando por la vertiente opuesta, ganaron muy pronto regiones salitrias desde las que no se percibía el menor soplo de vida del poblado.

Los bandidos trotaban relativamente confiados al lado de Joaquín. Todos eran hombres curados en la aventura y el crimen y caminaban hacia el lugar de la emboscada con un secreto sentimiento de orgullo por haber sido elegidos entre diecisiete por aquel mozo audaz que, con tanta serenidad y

valor, había sabido desarmar y desplumar a tres hombres de pelo en pecho.

Nuestro valiente joven los llevó por una vereda confusa hacia un raso amperado por una cortina circular de copudos árboles. Repentinamente, cuando los tuvo allí hizo un guiño inteligente a Pepe, espoleó distraímente su balastradura para que se colocase de un salto a regular y estratégica distancia del grupo de fuertes y, sacando el revólver de un impulso relámpago que no dio a ninguno de aquellos el menor instante para echar un resaca de reacción, gritó:

—¡Atención, señores! Vamos a ver si se me colocan ustedes con los remos superiores en alto, sin existir ni pretender utilizar sus armas. Les prevengo que libre recen y que, cuando tengo el índice en el gatillo, me ponga suficientemente nerviosa.

Volvieron rápidamente hacia Pepe, que a su vez no había permanecido ocioso y encañonaba a los siete rufianes su enorme y bien bruñido revólver, y le dijo:

—¡Pronto! Aligérense las carabazas, que no se les ocurriese a esos anguitos bendicirnos con una rociada de plomo.

Es imposible describir el estorpo y el asombro de los siete sayones de Conida cuando vieron que, en menos de lo que se tarda en sacar un vaso de ron, Joaquín les había hecho alzar los brazos. Pepe les había quitado el revólver a todos y ya no podían hacer otra cosa que considerarse vencidos y prisioneros.

Nuestro audaz caballero siguió lo que pasaba por su espíritu y, con una sonrisa frías, sin petulancia ni pavoreo, les explicó noblemente.

—Todo está bien claro, queridos: yo no soy el presunto bandido llamado Revert, sino Joaquín, de la guardia rural canadiense; y ese que os ha hecho la merced de quitaros el peso molesto de vuestras armas es Pepe, mi asistente, una pieza de mérito, por lo que acabó de ver. Así que, andadito; vamos a despachar pronto, porque Conida está esperando y yo todavía más que él. Seguid adelante, que es por donde para la frontera del Canadá, mientras Pepe y un servidor se retiran de donde en la humanitaria labor de velar, no diré vuestro amigo, pero sí vuestro enemigo, que en lo sucesivo ya no puede ser más que el de la cárcel.

Los siete moretones se guardaron como de recordarse de protestar ni mucho menos de intentar oponer la menor resistencia a los revólveres apunados de Joaquín y Pepe y a los duros músculos que el primero tenía sólidamente establecidos y prontos algo más arriba de la mano con que empuñaba su arma, viéndose poco después tras las rejas del fuerte canadiense.

Como debe suponerse, Joaquín no pretendía con todo esto

darse por pagado de la deuda de sangre que le tenía hecha el siniestro Conida, ni mucho menos; esto era simplemente el primer acto de su programa: aniquilar a la banda. Y se le veía bien que el motivo de su alegría por haber sido favorecido por Conida para dar el golpe de la diligencia de Sarca, así como el interés que había tenido por llevarse a unos cuantos hombres del feraz bandido, los mejores, como pudimos ver, no obedecía a otro designio que mandarlos a la cárcel o ir así debilitando a la gavilla hasta reducir a su mínima expresión para dar luego el golpe definitivo con todas las probabilidades de éxito. Todo un plan, en fin, un plan de estrategia sagaz que tendría que admirar a todos sus colegas.

Así que fresco, audaz y valiente, vino en compañía de Pepe al encuentro de Conida, que, como había dicho, lo aguardaba en su sitio habitual del cafetín.

El bandido sonrió con su mueca repulsiva, una mueca que escabía a la luz del sol una avaricia y una crueldad que sonrojaba a los hombres honrados.

—¡Hola! —exclamó con entusiasmo adulador—. Eso ha sido rápido, por lo que ves...

—Sí, más de lo que te puedes figurar — respondió Joaquín con asco e ironía disimulados pensando en la figura bien triste de los siete cuatros cuando se vieron frente al punto de mira de su revólver.

—¿El dinero...? — pidió el bandido.

Al decir esto sus afiladas cejas obispearon con una coquicia que revolvió las entreciñas de Joaquín. Pero se contuvo, convencido de que la hora de la revindicación de su honor se acercaba, y respondió, imposible clavando fijamente su mirada en el ascalón.

—No hay dinero; ha sido un verdadero desastre; la guardia rural canadiense ha cruzado la frontera, nos ha sorprendido desprevenidos, y, por mucho que me haya esforzado en repeler la agresión para lograr dar el asalto y evitar bajas, no he logrado ni lo uno ni lo otro.

Al contar toda esta floción, nuestro amigo ocultó poco la irritación que regurdeaba con natural dado su estado de ánimo cada vez que se veía obligado a contener sus impulsos ante el desafío de su hermano, al que habría querido fulminar de un puñetazo y ello encendió una chispa de desconfianza en el espíritu de Conida.

El golpe le pillaba a este por sorpresa; cuando reparaba un cargamento de oro, recibía la noticia de una derrota. La sangre afluyó a su rostro espoleada por el despecho; luego, a impulsos de la ira, refugió dejándolo con una palidez de cera. Dirigió instintivamente una ojeada rápida a la espalda del caballista y a su ayudante, y, al ver que no aparecían los

siete jayanes que fueron con ellas, preguntó con voz enronquecida de rabia:

—¿Y los tres?

—Los hombres han caído en poder de los guardias rurales... Lo siento, Conida. Ya te he dicho que hice cuanto pude por evitarlo. — respondió nuestro amigo con admirable desembarazo y sangre fría.

Conida se estremeció como sacudido por una corriente eléctrica, y, dibujando una sonrisa sardónica cargada de desprecio a ironía, estalló:

—¡Hombre, es casual! ¿Con que sólo habéis quedado libres vosotros dos?

—Pues ya ves; así ha sido — respondió Joaquín sin postergar, con toda la desenvoltura de que era capaz.

Este diálogo tenía lugar en presencia del resto de la banda, y la atizada reflexión de Conida acabó de suscitar en el ánimo de aquellos desalmados los más hondos recelos de Joaquín. Particularmente en Sampedro se respiraba más y más la suspicacia y el miserable no cesaba de repetir la eterna pregunta:

—¿Dónde he visto yo antes esa cara?

La exasperación de Conida había llegado al colmo, y, a no ser por el respeto instintivo que le inspiraban los malos virtues de Joaquín, el brillo combalivo de sus ojos y la convicción colosal de su pecho, a buen seguro que se hubiera atrevido a dejar sentir sobre su mentón la agresividad de sus pasiones.

—En mi vida había perdido a siete hombres de una vez — bramaba Conida con voz cavernosa—. ¿Qué has hecho de mi combalividad? Bonto todo, pampeladas. Eres un novato, un lechón prescindible...

No cesaba de mirarlo con un brillo trancientemente escrutador como si quisiera penetrar hasta el fondo secreto de sus profundos pensamientos, y poco a poco su sonrisa sardónica y despectiva acentuaba una oculta expresión de recelo.

—Si hubieras venido yo, eso no hubiera ocurrido — gritó.

—Si hubieras venido tú, seguramente habría sido un golpe perfecto — respondió Joaquín sin vacilar.

—¡Ah! ¿Un golpe perfecto, eh?

Conida pronunció estas palabras con ironía inteligente, y Pepe, que no lo dejaba de vista un solo instante, se estremeció en su silencio defensivo al adivinar que el siniestro ascalón había entrado en la plena sospecha de que era víctima de una tralación llevada a cabo por él y su sargento.

Conida levantóse bruscamente; su torpe y ruda mentalidad había llegado a un obtuso estado de confusión y necesitaba reflexionar a solas con los hombres de su absoluta confianza.

CAPITULO V

EL PRIMER PUSHTAZO

Apenas Conida abandonó el cafetín, Ana, que venía sigilando con todo el interés de su alma las incidencias de esta luna sorda, se aproximó a Joaquín y le dijo con pena que conmovió duramente al gallardo caudillesco:

—¿Qué hace usted en este pueblo?

—Tengo que cumplir una misión. Cuando la haya terminado con éxito, me volveré a mi país.

Joaquín habló ya sin ambages, pues en la mirada y en la luz de los ojos que la joven formuló su pregunta leyó claramente que le había reconocido como al sargento de guardias rurales cansolense. Por si aun pudiera andar alguna duda, las siguientes palabras de la joven pudieron contribuir a disipar-séla totalmente.

—Váyase, uréame.

Pero Ana toda su alma en estas palabras, y el gallardo sargento sintió en su corazón como si un rayo celestial lo bañase dulcemente. ¿Ana le amaba? ¿La amaba él? Era prematuro formularse una respuesta concreta a estas dos preguntas supremas en el estado revuelto de su espíritu; pero, cualquiera que fuesen los sentimientos de la joven, Joaquín no habría vacilado en asegurar que la tenía enteramente de su parte y podía confiar en ella como con en el más puro confesor.

—Lo agradezco sus cuidados, Ana; pero, por mucho que usted me lo pudiese, no podría complacerla sin antes cumplir mi juramento.

—Lo matará — respondió la joven con voz velada por la emoción.

No tuvo necesidad de expresar el nombre de Conida para que Joaquín adviniera a quien se refería. Entendió que Ana lo había descubierto todo, y ello le llevó a la conclusión de que, desde que llegó a Valdeca, aquella joven hermosa no había cesado de vigilar todas sus movimientos, protegiéndolo contra una posible celada del sanguinario bandido.

Nuestra brava moza lo miró con profunda ternura, y con su mano usata, estrechóle una de sus diminutas manos con gratitud y amor. Seguidamente se abió para unirse a Pepe y enderezar sus pasos al caserón en que Conida tenía establecida su guardia secreta. El bandido le había hecho avisar que lo aguardaba.

Cuando llegó, vió a los bandidos en tal actitud de mutuo hostil, que le fue fácil deducir a qué clase de cábalas se habían entregado durante su ausencia y advinó que ya no era

posible parar sus recelos. Esmpedro había cuidado de poner escuas en aquel fuego devorador, y las consecuencias de ello no se harían esperar.

No obstante, Joaquín pensó en la pieza con un desenfado parrucoso y con una serenidad colosal.

—¿Que se ha muerto alguien de la familia? — dijo, fingiéndose de la cara seria con que le acogían.

—No — respondió seriamente Conida, y añadió con visible malhumor—: herros de hablar en serio. Oye: antes de sumarle tú a la banda contaba yo con diez y siete hombres; ahora sólo tengo diez. La pérdida de esos siete se ha producido de una manera tan extraña, que tengo la convicción de que entre nosotros hay un traidor.

—No vas mal, Conida — respondió Joaquín con un aplomo estupendo—: pues yo estoy cuando lo mismo.

—Si ¿eh? — dijo Conida seriamente.

Nuestro muchacho no pudo deducir a las claras, al la respuesta de su enemigo resonaba ironía o respondía a una satisfacción sincera por la coincidencia de criterio.

—¡Sí, hombre, como te digo! eso no ha podido ser de otra manera!

Mientras hablaba, Joaquín no dejaba de espiar con el rebullo del ojo la actitud de los diez gananes que le circundaban, y, por el chisporroteo irrisónico de sus miradas, creyó prudente no provocar la lucha declaviva aún.

Conida golpeó rudemente la mesa y estalló.

—Estoy dispuesto a no parar hasta dar con el traidor, y cuando le tenga en mis manos lo reforceré el gollete hasta que suelte veinte pulgadas de lengua.

—¡Ya es lengua! — comentó alegremente Joaquín—: de todas maneras, te creo capaz de lograr eso. Y, mira, voy a decirte una cosa: sólo por el gusto de ver semejante prodigio me pondré al atisbo inmediatamente y no cejaré hasta poderle anunciar que he desenterrado al traidor.

Abandonó con Pepe la pieza sin aguardar respuesta, y, apenas se hubo alejado a prudente distancia, dijo a aquel:

—Escóndete ahí y espía todos los movimientos de Conida. Ese bruto ya no se fia de nosotros y es necesario evitar que nos haga un ataque por sorpresa. Al menor ademán sospechoso que sorprendas, lígale a Al Bofalos; allí me encontrarás. Hasta luego y ojo huebo.

No bien hacía un cuarto de hora que nuestro joven esperaba en el cafetín, Pepe trasponía precipitadamente la puerta, y, de nuevo con Joaquín al pie del mostrador, le dijo quedo abriendo sus enormes ojos:

—Conida te está buscando.

—Bien, Prudencia, hombre. No abras esos ojos de milano, que a lo mejor algún interesado nos está espiando y le has-

lará con mirarte para saber que me estás comunicando el fin del mundo. Disimula.

Ambos se habían colocado de cara al mastador con las caderas apoyadas en él y, en efecto, su cubitico misterioso contrastaba visiblemente con el aspecto despreocupado e indiferente del resto de la concurrencia.

Apenas el prevenido caballero hubo vertido por los oídos de su compañero la oportuna advertencia, Ana fue disimuladamente a su encuentro y, descansando cada una de sus manos en las respectivas espaldas de los dos mocetones con atrevida coquetería, les dijo por lo bajo, precipitadamente:

—Atención: Conida se está observando desde la puerta.

Joaquín estrechó disimuladamente la mano de la joven con gratitud y en seguida fingió que reloxaba con ella con el fin de no despertar en el bandido la menor sospecha de que habían sido avisados.

En efecto; el feroz bandido, de pie en el marco de la entrada, les estaba mirando con ojos injuriados en sangre. Parecía un mastador torpe que se aprestaba a caer sobre una presa difícil. Sampedro había largado tanto en su ánimo con sus recelos, que el bruto iba decidido a quitar la careta a Joaquín, si realmente la llevaba.

Nuestro machete creyó llegada el momento decisivo y, antes de que el cuatrero diese cuatro pasos hacia él, volvióse con naturalidad y fingiendo estar bajo el efecto de una grata sorpresa, fue a su encuentro. Detrás de Conida iba toda su gavilla feroz con expresión decisiva. A Joaquín no le venía de diez mas, o menos.

—Te buscaba, Conida — dijo el joven resustosamente.

—Yo también. Creo que esta noche descubriré al traidor — respondió el bandido clavando en él una mirada de reto.

—Ya es inútil que trates de descubrirlo.

Apeyó el guarda sus labios en la enagme oral derecha del rufián con aire de misterio y reserva, y añadió por lo bajo:

—Lo he descubierto ya.

Conida dilató los ojos cuando pudo con alegría feroz.

—¿Eso es cierto?

—Como lo eres.

—¿Su nombre?

—Salgamos afuera; es un asunto muy delicado.

Conida siguió al astuto sargento a la calle, y ésta, antes de transponer la puerta a su espalda, aprovechó un instante para guñar inteligentemente el ojo a Pepe indicándole que se iría rápidamente de; establecimiento por otra puerta destinada al servicio que comunicaba con la parte posterior del edificio.

Después llevó a Conida a unos cuantos pasos de la entrada del cafetín y, anegándose con él, espetó con voz ronca por



Con sus relucientes revólveres les invitaron a levantar los brazos en alto.



El temible bandido empujó el pedazo de botella rota que tenía el filo de un puñal...

la emoción y el coraje estas palabras que tanto tiempo había tenido que ahogar en su pecho:

—¿Quieres saber el nombre del traidor, del que llevó a tus secuaces a las cárceles de la guardia rural canadiense?

—Sí...

—Es Joaquín, el sargento de esa misma guardia rural, es decir, yo, el hermano del comandante Barry que asesinaste. ¡Toma, asesino!

Y antes de que Conida pudiese reaccionar de su desconcertante estupeor, el bizarro matón descargó sobre su mentón un puñetazo de hierro que le revolvió por el piso. A eso seguido saltó sobre su espalda y emprendió la huida.

Conida se incorporó y bramando de cólera descargó sobre el flete fugitivo toda la carga de su revólver, pero ya aquel zigzagaba con maestría, a todo galope de su cabalgadura, por las últimas callejuelas del poblado, y el pistolero se perdió en el aire sin rozarle un solo pelo.

Los diez desamunados de la gavilla salieron estrepitosamente del caletín, alarmados por el disparo.

—¡Es él! ¡Es él! — no cesaba de gritar el bandido brazaando aparatosamente como un gorila enfurecido.

—¿Quién? — demandaron a un mismo tiempo los rufianes.

—¡El traidor, Joaquín el de la guardia rural canadiense!

—¿El que fingía llamarse Robert?

—¡Sí, nadie lo es!

No hubo necesidad de que Conida les ordenase montar a caballo y emprender la persecución del valeroso joven, tanto lo hicieron con un brío que les habría honrado y acreditado como centauros montables si lo hubiesen empleado para mejor causa. El terror les daba alas; no ignoraban que un sargento de guardias rurales que emprendía la batida después de saber donde ellos tenían la guarida le haría para ir a detentarlos, y esto, que significaba la muerte para ellos, sólo podían evitarlo cortándose la retirada con un certero golpe a la cabeza.

Joaquín, que montaba un verdadero ruy, había pisado tanta tierra de pur medio que era imposible que fuese alcanzado. No obstante, pronto comenzó a rondar su cabeza el moscazo de las balas. La gavilla lo seguía a todo galope, levantando nubes de polvo, a una distancia enorme que, con todo, el raso de sus besacas y de las praderas y las dilatadas extensiones montuñas parecían acortar al poderoso recíprocamente a la vista.

El primer moscardón de plomo que pasó rozándole la cabeza le arrepanó un alarido de entusiasmo.

—¡Eso habrá sido un plan de gran maestro... eso va a pedir de boca!

Se necesitaba ser Joaquín, de la guardia rural canadiense, para experimentar el júbilo de las grandes y agradables so-

lennidades al ser ametrallado y rondar las estancias tómbreas de la muerte. Pero es que el caso valía la pena: ¿quién no sentiría alegría al ver que un plan audaz y arriesgo de peligros e insuperables dificultades, largo tiempo elaborado, se realizaba con matemática precisión?

Inmediatamente torció insensiblemente la cabeza de su alazán en dirección noroeste y hundió sin piedad las espuelas en la carne del caballo. Este arreó la carrera, empujándose recto y seguro la marcha en dirección a la frontera canadiense. Joaquín volvió la cabeza hacia sus perseguidores y, al ver que a pesar de su cambio de ruta continuaban persiguiéndolo con igual saña y fegosidad, rió con alegría, y ya solo se preocupó de sortear la cartela mortal de los proyectiles ladeándose con soltura y habilidad para sumergirse en la ardiente polvareda que levantaba su veloz montura y guardándose, como de escudarse, de hostilizar a sus perseguidores: esto hubiera podido determinar el que estos dejaran de perseguirlo y el plan de nuestro amigo, como naturaleza perdidamente adivinar, no era otro que el de conducir a aquellos desalmados hasta el Canadá. Acabaría con la banda Conida sin haber derramado una sola gota de sangre.

Todo lo tenía previsto y preparado. Pepe se sabía de memoria sus instrucciones, y, en cuanto al salir de «El Bufalo» le guió el ojo, aquel sabía perfectamente a lo que equivalía el signo, y, montando en silla, corrió como una cometa al puesto de guardas para notificar al comandante que Conida sobrevolaría la frontera a las seis de la tarde con toda su gavilla.

La operación, pues, había de ser matemática: Joaquín fugiría hasta la frontera, los guardas aguardarían en las cercanías de ésta y a la llegada de los bandidos se precipitarían sobre ellos, envolviéndolos y atacándolos a tiro limpio.

El cálculo había sido hecho con tanta precisión, que no falló uno solo de sus términos. Pepe se adelantó a los guardas rurales, y, viniendo al encuentro de Joaquín, que llegaba casi volando al término de su carrera, le dijo precipitadamente:

—Todo está preparado, ¿qué? ¡vienen!

—¡Sin faltar uno solo! — respondió el valiente muchacho con la voz truncada por un sollo brusco y salvaje de su bruto. — ¡Están aún muy lejos!

Joaquín no tuvo tiempo de contestar: los revólveres de los guardas rurales lo hicieron por él. La Cuadrilla de Conida hallaba la barrera de fuego de los mocetones de la guardia rural.

En la furia de su carrera habían atravesado la frontera, metiéndose en el Canadá, casi sin advertirlo. Los guardas podían moverse ahora en completa libertad y actuar de conformidad con la Ley. La primera descarga derribó a dos rufianes,

y acució a los demás a volver precipitados y desesperadamente sobre sus pasos para ponerse a la defensiva o huir. Mas esto les fue imposible: los guardas los habían rodeado.

Joaquín entró en combate, y pronto su revólver ardió materialmente en su nervada mano; tanto era el pánico que saltaba. En toda el área en que se desorientaba a lucha caía una lluvia de balas; las balas tronchaban las ramas bajas que las cabezas de los jueces tocaban en el ir y venir hervoso del combate.

Los guardas rurales estrecharon el cerco con tanto brío, que los pocos bandidos que todavía se sostaban con vida sobre su silla se vieron obligados a entregarse. La primera providencia de Joaquín fue la de asegurarse de que en la redada había estado también el siniestro Conida. Cuando se dispuso a pasar revista de ellos, oyó como si una ráfaga agitada les arborencias cercanas: Conida había escapado al cerco y huido con las corceles que le quedaban tomados a su caballo.

— ¡Conducid a ese canalla al fuerte! — gritó Joaquín, pálido de emoción. — Yo voy por Conida. No volveré sin él.

El feoz bandido ya no era más que una fiera acorralada, pero precisamente por eso su acción era aún más temible si no se tenía la ilusión de encontrar un medio fulminante de vencerlo.

El tormento que nuestro valiente mozo infligió a su fiel bruto con la aguda y acerada punta de las espuelas sólo podría contarlo el animoso animal si Dios le concediera el hermoso don de la palabra. Alas hubiera dado al corcel si un trueno-turgo se las hubiese ofrecido con el extremo mágico de su varita poderosa. Conida, como a su vez era espolado por el terror, lanzó su caballo a una carrera verdaderamente fantástica y logró llegar a Valdez llevando todavía una ligera ventaja a su perseguidor.

El instante de conservación, y también la postrera y suprema esperanza, que no falla nunca a la desesperación de hallar todavía algún amigo dispuesto a jugarle la vida por él, lo condujeron allí.

Desembalgó de un salto, y, con las señales más ostensibles del espanto, empuñó su revólver metiéndose en el cafetín, dispuesto a hacerle un fortaleza hasta vencer o morir. Caminaba de espaldas, con el arma orientada hacia la puerta, pues los corceles de la caballería de Joaquín se oían sobre el duro terreno de la calle y el combativo muchacho no tardaría en entrar. Sus ojos desorbitados atisbaban la puerta, y el dedo que tenía contacto con el gatillo de su arma temblaba de miedo y de impaciencia, pronto a soltar la mortífera carga del ruinoso cilindro.

La presencia del siniestro jetecillo en el establecimiento en esta expresiva actitud, provocó tal pánico, que, después de

otra la consabida grifería por parte de las mujeres, el patio quedó en breve totalmente limpio de parroquianos. Ana, que en aquel momento se hallaba abajo, se apresuró a subir a su piso, palpitándole el corazón aceleradamente por suponer que aquella actitud de Conida no podía ser provocada más que por su amado Joaquín, y que la lucha sorda de entranzas nombres había entrado en su fase decisiva.

Sin embargo, todas estas precauciones del rudo asesino eran completamente estériles. El aviado sargento, después de apearse al pie de la entrada de «El Búfalo», presumió todo lo que ocurriría en el interior, y, en lugar de introducirse en él al través de la puerta, lo hizo trepando con febril agilidad por la pared. Había en está algunos salientes de tabla irregularmente dispuestos que sirvieron al diestro caballista de oportunitísima y casi cómoda escala. Cuidando de que sus altas oscuras de montar no resquebrazaran por sobre de la madera, alcanzó el piso de la casa por la parte exterior. Y todo esto mientras el rudo bandolero estaba esperándole de cara a la puerta.

Con una rapidez asombrosa metióse por una de las ventanas y penetró en un angosto corredor. De repente, una de las numerosas puertas que había a ambos lados se abrió.

—Joaquín! — le llamó una voz en gracioso falseto para evitar el ser oída.

El valiente mozo ahorró, con una contracción jubílica de todo su pecho, el grito de feliz sorpresa que le arrancó la presencia de la propia Ana. La joven se disponía a acercarse a una ventanilla para avisarlo de la posición de Conida.

—Ana, un ángel te envía. Oye, pronto; dime dónde está la escalera. Abajo me espera Conida...

—Ya lo sé —respondió— quedó la joven mirando al sargento con ahogada — Joaquín, tema por ti... ¿Qué te propones hacer?

—Nada, muchachita; tranquilízate... Es decir, tan poco como nada... ¡buena! A ver si me conduces hasta el pie de la escalera que lleva al piso del café.

La amante muchacha llevó al bravo caballista a su habitación, abrió luego una puerta.

—Ahí — dijo leve como un suspiro.

Asonóse Joaquín. El corazón le dio un vuelco y su rostro anguloso y simpático dibujó una sonrisa vigorosa; abajo, colocado en medio de la pieza solitaria que servía de café, vio a Conida, temblando ligeramente sobre sus piernas de resaca, de cara a la puerta, a la que seguía apuntando su revólver.

Poco podía imaginarse que su mortal enemigo, usual a quien esperaba ver aparecer de un momento a otro en el marco de la puerta, estaba contemplándolo tranquilamente a unos metros por encima de su cabeza. La ansiedad del asesino

era doblemente angustiosa por efecto de la oscuridad que reinaba al exterior. Arrojada, y en el estofón ardía ya la lámpara de petróleo. La luz incierta que emanaba este cachivache rudimentario, esculpía las sombras de los objetos haciéndolos cabriolar fantásticamente alrededor de la puerta en una oscilación constante.

Joaquín meditó un instante el plan de ataque. Miró la gruesa lámpara de petróleo que colgaba del techo; estaba colocada en medio de la sala, pero en forma que, vista desde el sitio en que se hallaba él, daba la sensación de ocupar un ángulo. De imaginación rápida y vivaz, Joaquín planteó el problema en pocas segundos: colocarse a tiro de la lámpara, romperla para dejar el café en la oscuridad y luego arrojarle encima de Conida desde lo alto del piso.

La sala de «El Búfalo» estaba rodeada a la altura del primer piso de un entarimado saliente o galería, que servía de acceso a las diferentes habitaciones ocupadas por los huéspedes. Era, pues, cuestión de correrse unos pies por el entarimado sin que Conida, desde abajo, lo advirtiera y podría lanzarse al ataque con todas las probabilidades de éxito.

Ana, detrás de él, tenía el corazón en vilo, pero el mozo respiraba con toda normalidad, y hasta sonreía de coraje. Quitóse las gruesas botas de vaquero para no remover la tabla al andar y, con ellas en la mano, corrióse por el entarimado sigilosamente hasta colocarse en sitio conveniente. Sarcónicamente blandió una bota afinó la puntería, esa puntería que no le fallaba nunca, y soltó el proyectil. En el silencio del café se oyó ruido de cristales, y la lámpara de petróleo saltó al suelo hecha pedacitos.

Al quedar el establecimiento a oscuras, Conida, advirtiendo que el ataque se le preparaba allí arriba, disparó toda la carga de su revólver hacia el entarimado, sobre la dirección precisa de la lámpara, mas ya Joaquín había caído de cabeza unos metros a la derecha para que el plomo, en vez de impactarse en la preciosa tapa de sus sesos, perforase libremente la pared de tabla. Y, en menos de lo que se tarda en soltar un amén piadoso, encaramóse al antepecho de la galería y se arrojó sobre el huido en un salto fantástico.

Conida no pudo sostener su peso y rodó por el suelo haciendo de magnífico paracaídas al bravo sargento. La sorpresa había sido fulminante; pero, como era fuerte de músculos, logró incorporarse, aprovechando a la liebre, Joaquín no esperó que su adversario tomase la iniciativa: presió la zurra la mano, largándole un rosario de bofetos que tuvieron por contraparte el castigo del mastador en el que la cabeza enorme del bandido saculó duramente los mocos y la babo que la salpicaban. Replicó Conida un segundo con resultado omiso, y, al darse cuenta, por la mostaza que los impotentes puños

del sargento colocaban en sus quijadas, que tenía la partida tremiblemente perdida, arrebató una botella de cocina del mostrador y, rompiéndola contra el canto del mismo, empujó el pedazo que correspondía al golpe a manera de puñal y se abalanzó sobre Joaquín. El vidrio, al ser roto, había tomado la forma de una daga espantosa de dos filos. El revólver del bravo joven estaba en el suelo, a una distancia imposible, así como el de su adversario que lo había perdido en el forcejeo de la lucha.

Conida dejó caer la mano tan terriblemente armada en el cuello de Joaquín. Pero antes de que lograra hundir su arma en la carne, los dedos nervudos del sargento agarráronse a la muñeca robusta del bandido deteniéndola en su camino escalofriante. Por algunos segundos oyóse solamente, en el silencio profundo y emocionado del café, la respiración jadeante de los dos luchadores; la de Conida en el esfuerzo sobrehumano por vencer la resistencia de la mano de su enemigo; la de Joaquín, batallando por prestar a sus músculos de acero toda la fuerza de contención que precisaba para evitar que la del bandido le cortase el cuello en un tajo terrible.

Fueron unos segundos de emoción inenarrable, durante los cuales las peregrinaciones del café, que habían salido de su escondite movidas por el interés de la lucha, siguieron con la vista horrorizada las oscilaciones de las dos manos, como si en ellas estuviera concentrada una viva fuerza de atracción. Era una competición a muerte entre dos puños robustos y bien templados: únicamente la resistencia tenía que decidir la victoria.

Esta fue para Joaquín. Más joven y más avezado a la lucha cuerpo a cuerpo, torció la muñeca del bandido, y, con la presión de sus dedos, obligó a soltar el golpe de la botella. Aprovechando la misma brevedad, desahogó en su mandíbula brutal un brinco puñetazo, que el ruído, describiendo una parábola rigurosamente geométrica, vino a matarse de cabeza entre los fierros de una de las mesas destruyéndola y quedando el donajo. Joaquín se arrojó sobre él y, engrapándole el cuello con entrambas manos, tiró, ya sin timbre ni escrúpulos, de costarle la vida. Su deseo había sido siempre el de prender al sanguinario salvaje vivo; pero ya que éste prefería morir, no tenía más remedio que matarlo.

En la desesperación de la agonía, Conida se dio cuenta de que uno de los revólveres que yacía en el suelo estaba al alcance de su mano. En un esfuerzo supremo, logró alzar el brazo, y la mano crispada empujó el arma.

En este instante la puerta del café se abrió para dar paso a Pepe. Al ver que Joaquín tardaba en regresar al puesto, temió por él y estaba dispuesto a sacarlo de las garras de la muerte.

La mesa junto a la cual se consumaba la encarnizada lucha había quedado volcada en forma que su piso, de cara a la puerta, ocultaba la cabeza y el busto de ambos luchadores.

Y Pepe saltó un atarido lucerante cuando vio que la mano armada de Conida se centraba detrás de la mesa buscando el pecho del bravo sargento...

Siguió un torajeo breve aún y sonó un disparo, una detonación que repercutió en el pecho de Pepe como la descarga fulminante de un rayo. Los dos luchadores quedaron inmóviles: sus piernas la trice parte de su cuerpo que era visible por detrás de la mesa a los ojos de Pepe y de los concurrentes horrorizados, se distendieron pensosamente como los miembros de un muerto que ha tenido una larga y dolorosa agonía... ¿A cuál de los dos había herido la bala?

—¡Joaquín! — gritó Pepe con acento desgarrador, mientras se abalanzaba al grupo de los luchadores... ¡Inmóviles!

Incorporó a su amado sargento, casi a su hermano espiritual. ¡Vive! El intrépido caballista había podido desviar el revólver hacia el pecho de su adversario, y éste se había matado a sí mismo...

La banda Conida ya no existía, y Alaska y el Coroná recobraron la paz para sus inmensas praderas silenciosas y sus bosques frondosos...

Pepe volvió a pasear su rumbosa uniforme por las eternas soledades. Joaquín también, pero ya no solo. Al abandonar el Batallón llegó con él a la gentil Ana. La amaba con toda la fuerza de su alma y quería hacerla su esposa. No es necesario decir que ella lo siguió, enamorada hasta el fondo de su tierno corazón.

Cuando el apuesto caballista estuvo curado de sus heridas, quiso reconstruir la casaca de aquel día memorable en que un feliz azar anegó sus vidas en la selva virgen, al pie de la frontera de Alaska. Quería vivir el goce inefable de mirarla allí con ojos nuevos, con los ojos de su gran amor.

—¡Te amo! — le susurró con rendida ternura — Deja que te beca aquí entre los pájaros inocentes, bajo el clemente cielo azul.

Editadas

- * Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irma Danne.
 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
 3. *El gran impostor*, por Edmund Lute.
 4. *La hija de la Bohemia*, por Maria Eggerli y Jan Kiepura.
 5. *La bandera amarilla*, por Hans Allera.
 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
 7. *El barco de Esomer*, por La Jana.
 8. *La tumba india*, por La Jana.
 9. *Muecas infernales*, por Lionel Barrymore.
 10. *El cantante de Viena*, por Jas Kiepura.
 11. *Impertinencias ricas*, por Charles Farrell y June Martel.
 12. *La música de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
 13. *Una celda de provincia*, por Janet Grayson y Robert Taylor.
 14. *Siete botanadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
 15. *El Capitán Costall*, por Olga Tschekowa y Karl Diehl.
 16. *Mourir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
 17. *Sabiduría en el Metropolit*, por Henri George y Victoria von Ballasko.
 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Berta Laganosy Francis Drake.
 19. *El huésped*, por Gusty Fröhlich y Wall Janssens.
 20. *Exorcismo*, por Buck Jones.
 21. *Risas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
 22. *Jaime al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
 23. *Caballería ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.
 24. *Amoríos de juventud*, por Sylvia Sydney y Herbert Marshall.
 25. *Un mal paso*, por Keweenaw.
 26. *Sucubos*, por Clark Gable y Jean Harlow.
 27. *Creación de la vida*, por Rodolf Porsler.
 28. *El trío de la Portava*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
 29. *La vie nousta su amor*, por Beate Davis y George Brent.
 30. *Catalina*, por Franziska Gertl y Alex Holt.
 31. *La Rosa de los Tintes*, por Nova Pilbeam y Ledric Ardwick.
 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Mori y Ann Drown.
 35. *Vale Real*, por Willi Forst y Heli Fickenscher.
 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
 37. *Un par de Glorias*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
 38. *La Voz seductora*, por Maria Eggerli y Paul Hartmann.
 39. *Rosalie*, por Eleanor Powell y Nelson Eddy.
 40. *La vuelta al hogar*, por Sarah Leander.
 41. *Queros y Beas*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
 42. *La hija de Dracula*, por Gloria Holden y Otto Kruger.
 43. *El buen recordador*, por Warren William y Gail Patrick.
 44. *El caso del nuer*, por Buck Jones y Dorothy Dix.
 45. *Una semana en la Luna*, por Ann O'Day y Hans Shuster.
 46. *Chachero en la Corte*, por Maria Eggerli y Johannes Heesters.
 47. *Amigos traviesos*, por James Cagney, Pat O'Brien y Jane Travis.
 48. *Amor turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
 49. *Los héroes del Oeste*, por Bob Baker y J. Purrell Mac Donnell.
 50. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gertl.
 51. *La ballarina vienesa*, por Lillian Harvey y Wolf Moethuk.
 52. *El dable del Rey*, por Alberto Mattarschick y Gusti Huber.
 53. *Reinos de acero*, por Victor Mc. Laglen y Blanche Barnes.
 54. *Wolpe-Wolpe*, por Hans Adalbert y Vera Engels.
 55. *Vole prohibido*, por Noah Beery Jr. y Frances Robinson.
 56. *Cartelero*, por Lillian Harvey y Paul Staal.
 57. *Boscovanne una nousta*, por Herbert Marshall y Jean Arthur.
 58. *Cuatro amigos*, por Victor Mc. Laglen.
 59. *Marzo del Sur*, por John Wayne y Dana Gibson.

* Agotadas

10 €

PUBLICACIONES CINEMA
CALLE BAILÉN, 154
BARCELONA

N.º 60